

después llamándose Peter Mc Donald y trayendo una limosina Cadillac arrastrada por bueyes.

El otro tipo de relatos son los narrados en tercera persona, en donde se muestra a un Rivera adulto atormentado por el alcoholismo y la cirrosis. Aquí el estilo ya no es realista ni ingenuo. El lenguaje se carga de argucias poéticas, de expresiones del argot (jodencias), adjetivación contrastante (hora usitada, osudo artesano, ufanado herrero); y otras minucias como "los enamorados personaron" (pág. 62), "oriundez desconocida" (80). Todo esto le da al discurso cierto tono barroco no exento de originalidad.

En esta segunda categoría participa mucho más el autor en su papel de amigo y mitificador de Rivera. Los relatos toman connotaciones sobrenaturales para describir los hechos que sucedieron a la muerte del pintor: vendavales inusitados; las gallinas del pueblo dejaron de poner; el narrador recibe un corrientazo vital en el momento de la muerte de su amigo, lo que lo lleva a adoptar la nacionalidad colombiana.

En *Mitologías* encontramos la imagen del pintor Augusto Rivera dibujada a veces con rasgos profundamente humanos, tiernos, otras un tanto desfigurada por la leyenda, desde la perspectiva de un enamorado de la Colombia macondiana. Así, la figura bohemia con rasgos de genialidad de Rivera, le ha servido a Stewart para un acercamiento emotivo, reverencial, a su patria de adopción.

Elisa Mújica

La tienda de imágenes

Bogotá, Ediciones Fondo Cultural Cafetero, 1987

Montserrat Ordóñez
Universidad Nacional

La obra de Elisa Mújica encubre y descubre, inevitablemente, problemas sobre la literatura colombiana contemporánea que no se explican leyendo uno de sus libros como texto autorreferencial. Hasta la fecha ha publicado quince libros, desde 1949, en una producción oscilante y persistente: ensayo, crónica, relatos infantiles, ediciones prolongadas y anotadas de clásicos colombia-

nos, novelas y colecciones de cuentos. Lo que por una parte es versatilidad, por otra indica largas interrupciones y cambios de rumbo no necesariamente planeados, que tal vez esconden todos los conflictos de escribir en América Latina en estos cuarenta años, de escribir en un país como Colombia y, más aún, de escribir siendo mujer.

Son muy distintas sus tres novelas, publicadas con intervalos de décadas, *Los dos tiempos* (Bogotá, Iqueima, 1949), *Catalina* (Madrid, Aguilar, 1963) y *Bogotá de las nubes* (Bogotá, Tercer Mundo, 1984). Algo similar sucede con los intervalos de los volúmenes de cuentos, *Angela y el diablo* (Madrid, Aguilar, 1953), *Arbol de ruedas* (Bogotá, Editorial Revista Colombiana, 1972) y *La tienda de imágenes* (Bogotá, Ediciones Fondo Cultural Cafetero, 1987), aunque a diferencia de las novelas los cuentos están más ligados entre sí, por temas y soluciones narrativas.

Los cuentos de *Angela y el diablo* son textos de desolación y fracaso, los de *Arbol de ruedas* son variaciones sobre la incomunicación, un problema contemporáneo de la vida y de la literatura, que en esta colección se caracteriza por un rasgo que la convierte en más patética: en muchos de los relatos los personajes no logran comunicar lo que sienten o son, o lo que creen ser o sentir, pero el lector percibe que si lograran hablar la palabra pronunciada no variaría las rutas vitales condenadas de los personajes involucrados.

Dominan en su primera colección los personajes jóvenes y los sucesos políticos e históricos más inmediatos, como el 9 de abril y la violencia. Sin embargo, ya en el primer cuento de ese primer volumen, "La chimenea", el tono es de nostalgia y de pasado irrecuperable, aunque el personaje sea una mujer en visperas de su boda. Este primer cuento aparece hoy como el reverso de los cuentos de hadas y de las novelas rosa, como uno más de los textos contemporáneos que delatan las trampas de los ritos y de las soluciones de vida que más que alternativas son callejones sin elección. Cuando María Flora, la protagonista de ese cuento, quema sus viejas cartas en el fuego cómplice de la chimenea, más que su juventud llora el jardín de senderos que se bifurcan, el tiempo que arrastra y obliga a la elección y a la negación. No está tan lejos, pues, esa María Flora de 1953, de los personajes y de los temas del último libro de cuentos, *La tienda de imágenes*. Esa joven que llora antes de comenzar su nueva vida, etapa considerada socialmente como la máxima felicidad de la mujer, reaparece de alguna forma en todos los personajes, femeninos y masculinos, que reflexionan y

suspiran por un pasado incompleto y por un presente limitado.

Además de la desolación e incomunicación de los textos anteriores, *La tienda de imágenes* añade nostalgia, soledad y muerte. Y lo hace sin tragedia, sin finales apocalípticos, con tensión contenida, con paz y resignación ante el dolor inevitable, especialmente ante ese dolor injusto causado no por leyes biológicas sino por la injusticia y por la crueldad del ser humano, que para infligir dolor sólo requiere la cercanía del otro.

El volumen reúne dieciocho relatos, tres de ellos agrupados como "Triptico". Los tres del "Triptico" ("El pequeño escribiente Florentino", "La partida de tresillo", "Nicolasa en París"), así como el primero de la colección, "Una señora de Valladolid", surgen de anécdotas históricas y funcionan como la luz que por un instante le da insospechados matices a un mundo que hemos heredado en colores neutros: divagaciones alrededor de una carta de Rufino José Cuervo a Rafael Pombo, los recuerdos de Florentino González y su devoción por Bernardina Ibáñez, la silenciosa venganza de Santander, un momento que ilumina la vida de una Nicolasa Ibáñez exuberante y de edad avanzada. Como muchos otros personajes, Nicolasa calla para no abrumar, pero en el cuento queda la frase no enviada: "Qué bello, y mágico, y glorioso, es abrir el corazón para que todo lo penetre y nos embriague un recuerdo, un perfume, una cara, sin que importen los años, con la misma fiebre que en la juventud, aunque después nos duela" (p. 70).

Entre los cuentos que se destacan por la ironía y el doble sentido, además de "El contabilista", habría que subrayar "Triángulo" y "María Modesta". En "Triángulo", los ecos de Virginia Woolf (obvios aun sin haberlos indicado tan explícitamente) resuenan en la asfixiante Bogotá de Lorenza, que durante su recorrido matinal logra defender su espacio interior de las tentadoras invasiones de una amiga insaciable. En "María Modesta", desde un asilo bogotano la voz de una anciana campesina evoca su pasado a partir de sus carencias inmediatas (su pañolón de trenza de macramé o la mantequilla casera de su finca), que ocultan abandono, rencor y miedo. El tono testimonial de la narración de María Modesta obliga a leer los silencios y las crueldades de la vida de familia.

Otros relatos se estructuran alrededor de carencias ("El pequeño señor y el río") o de objetos ("El chal azul", "Pico-pico-melórico"), puentes hacia la muerte. Aparece la magia, una magia tan subjetiva y relativa que hace dudar de las fuerzas

del más allá ("Ivet y Nayib", "La pararrayos") y se mezcla con las fuerzas inexplicables que salen de la tienda de imágenes e iluminan la rutina de la narradora de este cuento. En "Carta a Vilma", la mujer que lo intenta todo termina tan atrapada como los seres que no han experimentado nada en su vida. Con aparente distancia, la autora toca la muerte accidental ("El último domingo"), los honores tardíos ("El héroe"), la mendiga que con su presencia y su agonía trae caos ("Sucedió en Navidad"), los deseos negados propios y ajenos ("El contabilista"), reemplazados por el vacío o la Muerte que, así con mayúscula, llega confundiendo con un recuerdo en "El cisne negro": "La niña estaba a su lado, pero no la muchachita entre petulante y tímida que Ana Magdalena había criado, sino una mujer espléndida. Se diría una reina majestuosa, con la mirada de diamante y un dedo sobre los labios, tan hermosa que, aunque de su cara brotaban los mayores bienes para repartirlos entre sus seguidores, éstos se saciaban con sólo contemplarla. Muerte se llamaba" (p. 87).

Con esta visión, entre religiosa y mágica, Elisa Mújica nos acerca a un cuento de hadas que parece terminar no en el amor sino en la muerte. Como terminan todos los cuentos del mundo, aunque pasemos la vida sin saberlo.

Jorge Eliécer Pardo
Irene

Bogotá, Plaza & Janés, 1986

Luis-Iván Bedoya
Universidad de Antioquia

Irene es la fabulación de la experiencia vital de Octavio Sarría como tensión entre la vida y la muerte, el amor y la soledad. Su historia personal es el centro del relato novelesco, tanto por la dimensión omnipresente de su drama amoroso que es el objeto de la narración, como por el carácter de modelo que adquiere su destino, en relación